[MICRORELATOS] Un San Valentín de Muerte

Manuel C.S.

Capítulo 1

Un San Valentín de Muerte.

Una caja de bombones, una botella de champagne del bueno, un hermoso ramo de rosas, una caja de condones, una pala, una palanca, y suficientes billetes como para que el guarda del cementerio haga la vista gorda: Ya tengo todo lo necesario para celebrar un San Valentín de muerte.

El amor no conoce obstáculos.

Era el amor de mi vida.

Tan pulcro y educado.

Tan lindo, dispuesto y capaz.

Su respiración cuando duerme es cálida y tierna. Ojalá tuviera la valentía para presentarme ante él. Pero de momento será mejor que siga sin conocerme, sin saber que tengo la llave de su casa, el lugar donde duermen los obstáculos para nuestro amor; su mujer y su hijo recién nacido.

Ella, que jamás se sentía sola, miró a su cita de aquella noche.

Él era joven, pero tenía un halo de bondad en la mirada. Ella permitió que acudiera a su casa en la primera cita, donde le preparó una cena especial. Él comió de aquel caldo con su suma educación, con pequeñas cucharadas mientras la miraba con gallardía. Luego cayó sobre el plato de sopa, cuando el somnífero hizo efecto, y allí terminó de ahogarse.

Casi le dio pena.

Con sumo cuidado, ella agarró el cadáver y lo colocó sobre la mesa. Troceó la carne en trozos muy pequeños. Uso la misma sangre para aliñarla. Golpeó con un mazo los huesos para quebrarlos y uso el cuchillo para separarlos del músculo. Limpiar las pequeñas astillas fue la parte más dificil. Terminó cocinando de nuevo, y para esta ocasión, encendió velas.

Su gato admiró toda la escena desde una esquina. Relamiéndose gozoso por el futuro banquete.

Ella probó el guiso y sonrió. Luego miró al felino y le lanzó un beso. ¿Quien mejor para pasar la cena de San Valentín que con un ser amado que jamás osaría traicionarle?

Traicionado (Seleccionado para La Corte Bizarra)

El alcohol le dio la valentía que necesitaba. Durante horas había cavilado iracundo como afrontar aquella situación. Él, que lo había dado todo por ella. Ella, que se había reído en su cara, en el amor que le procesaba.

Puede que le hubieras visto. Sentado a solas el día de San Valentín, en aquel bar, con la mirada perdida y admirando un infinito indescifrable. Pálido, dando pequeños sorbos a su vermut. Puede incluso que a medida que los tragos se hacían más largos, y los vasos vacíos se amontonaban a su izquierda, le escucharas rumiar algo sobre la lealtad.

Llegó a casa con los nudillos pálidos. El peso de la determinación lo encorvaba. Se tomó un segundo para secarse las lágrimas antes de abrir la puerta.

Ella estaba en su cuarto, y antes de que pudiera siquiera abrir la boca, él la golpeó con el puño cerrado en todo el rostro. La tumbó al suelo. La nariz partida era un grifo abierto. Sus ojos temblaban de terror.

—¡Te he visto con ese otro tío! —Gritó iracundo — ¿Tan poco te basto yo que tienes que follarte a otros?

—¡No, papa! ¡Te juro que…!

La bota de él terminó la frase por ella. Su mandíbula crujió, con lo que aquel golpe hizo de punto final al diálogo.

El segundo pisotón hendió el cráneo. El tercero descolgó el ojo, y cualquier aspiración de aquella niña se desperdigó por el suelo de su dormitorio junto a trocitos de sí misma.

Experimento de campo

—¿Te gusta?

Su cita de San Valentín asintió. Las penetraciones ganaron fuerza. Los gemidos se intensificaron.

Aquello era bueno. La droga la había anestesiado lo suficiente como para tapar ciertas respuestas de su sistema nervioso, y el experimento habría sido un fracaso si el «placer» hubiera sido una de ellas.

Mientras arremetía, agarró el escalpelo y le abrió el pecho.

—¿Huele a quemado? —Él no respondió.

El torax se abrió, pero no sangró. Ella ni se dio cuenta. Mecía sus caderas al ritmo de los empujones. O estaba tan drogada que ni le importaba, o la medicina había anulado el dolor.

Examinó la caja torácica. Agarró las costillas, buscando estudiar el corazón. Latía con fuerza tras los pulmones.

—Date la vuelta. —Y ella completamente extasiada, obedeció.

Las tripas se desparramaron cuando se puso en dicha postura. Él siguió embistiéndola por detrás, como había visto copular a los perros.

Aprovechó para usar de nuevo el escalpelo y abrir el cráneo. El pelo cayó quemado por el calor de la hoja laser. Desenroscar fue difícil, más cuando la hembra no parecía quedarse quieta entre aquellos escandalosos gemidos. Acarició con suavidad la masa gris. Ella gimió de nuevo. Él la estrujó. Ella culminó.

Ahí fue cuando debió parársele el corazón.

Él sonrió, pues aquello desde luego había sido un éxito. Se quitó el traje de carne mientras silbaba una pegadiza melodía que había escuchado en la radio aquella noche.

Se sentía optimista. Tenía muchos datos interesantes que compartir con su gente allá arriba.